

MIS EXPERIENCIAS COMO TRADUCTOR DE FICHTE, HEGEL, HEIDEGGER Y HABERMAS

Manuel Jiménez Redondo

Voy a hablar de mis experiencias como traductor, pero sin que se deba esperar de mí una teoría de la traducción, que yo no sería capaz de desarrollar. Tampoco al pintor se le puede pedir que sea un buen teórico de la pintura y ni siquiera un aceptable analista de su pintura, o de la de otros pintores. Recuerdo que escuché una entrevista que hacían a Miró sobre el *Guernica* de Picasso, y lo único que logró decir fue: “Qué cuadro, qué cuadro, eso es un cuadro”, no consiguió decir nada más. Cambiando lo que haya que cambiar, *mutatis mutandis*, ya que hay mucha diferencia entre Miró y un traductor de textos de filosofía, algo similar pasa también aquí. Sólo voy a tratar de hilvanar, de dar una cierta articulación y poner en cierto orden lo que han sido mis experiencias como traductor. Pero no esperen Ustedes de mí nada sistemático.

1. IDEAS SOBRE LA TRADUCCIÓN

Para ello, voy a empezar recordando algunas ideas sobre la traducción que a mí me han llamado la atención, en las que he visto reflejado mi trabajo; excluyo otras que no me han parecido tan bien, como es, por ejemplo, lo que dice Ortega y Gasset de la traducción, pues creo que exige al traductor una literalidad que no es posible.

Fray Luis de León dice hablando de sus traducciones de Virgilio que lo que ha intentado hacer es traer los textos de Virgilio a nuestra lengua, pero traerlos de forma que ello fuese como si hubieran nacido en ella. Y a mí esto me parece fundamental, también por lo que implica; traer algo a nuestra lengua, a mi lengua, implica que en mi lengua está preparado, existe, el lugar donde tengo que traerlo. Esto puede que sea así sin más en el caso de Habermas, pero no es así sin más en el caso de Hegel o de Heidegger. Entonces, para que la empresa tenga sentido, el traductor

tiene que empezar preparando el sitio adonde lo va a traer. Ello salta a la vista aún más si uno sostiene una teoría de la relación entre idea y juicio como la de Ángel Amor Ruibal, a la que se ha referido varias veces en estas jornadas el profesor Antonio Domínguez Rey. Uno se da cuenta de que en la segunda lengua, en la lengua a la que traduce, lo que el traductor quiere decir no se puede decir, o, dicho de otro modo: lo que dice la supuesta traducción literal no se puede entender, porque en esa lengua no hay comunidad filosófica que disponga de los juicios o para la que se hayan convertido en hábitos los juicios que subyacen en el término que querría ser expresión de una idea. Después diré algo más sobre esto.

Tomar esa idea de Fray Luis de León como principio es la única manera de evitar algo sobre lo que llama la atención Gadamer, que me parece que describe también muy bien lo que ha sido mi experiencia como traductor, sobre todo negativamente. Hay algo que, cuando yo me pongo a traducir, trato de evitar. Y como es inevitable que pase, me doy cuenta de que eso pasa, me enfado conmigo y me corrijo. Gadamer viene a decir que, cuando se traduce de una lengua extraña, lo que el traductor tiene que cuidar sobre todo es el modo de expresarse en la propia lengua, protegiéndolo de la agresión de la lengua de la que está traduciendo, pues esa lengua extraña ya hará valer ella sola su propio peso, ya estará siempre trasluciendo en lo que el traductor dice en la lengua propia.

A mí me parece que este traslucirse la lengua extraña en la lengua del traductor hasta distorsionarla es un defecto habitual de las traducciones de filosofía alemana al español, que se caracterizan casi siempre por que la lengua alemana ejerce tiranía sintáctica, y tiranía sobre todo en lo que se refiere a estructura del léxico, de modo que muchas veces la traducción no es para el habitante del español lengua, sino para quien, conociendo el alemán, ve a la lengua alemana traslucirse en la española.

Esto puede ocurrir en casos muy simples. Por ejemplo, es muy corriente encontrar en una traducción española de un texto filosófico alemán la expresión *histórico-filosófico*. Y así, se nos puede hablar de que un determinado autor dice tal o cual cosa en una de sus consideraciones *histórico-filosóficas*, o en tal escrito *histórico filosófico*. Ni que decir tiene que este término quiere ser la traducción de *geschichts-philosophisch*. La expresión compuesta *Geschichts-philosophie* significa *filosofía de la historia*, de donde en alemán se forma fácilmente el adjetivo *geschichts-philosophisch*, conforme a la lógica de la lengua alemana en lo que se refiere a la formación de adjetivos a partir de sustantivos compuestos. Pero en español, con expresiones del tipo *filosofía de la historia*, no se hace adjetivo alguno. Uno tiene que protegerse contra este traslucirse de la

lengua extraña en la propia, para que ese traslucirse no se convierta en un borrar totalmente la distancia y se trueque en tiranía; porque si no, la traducción ya no trae nada, sino que es sólo la lengua extraña que se persona, pero solamente para quien la entiende. No existe ese adjetivo en español, no se forma nunca en español un adjetivo de ese modo, porque la expresión *filosofía de la historia* tiene otra estructura que la de *Geschichtsphilosophie*, y así, hay que traducir, pienso yo, consideraciones *referentes a filosofía de la historia*, o algo parecido. Y para traducir de este modo, el traductor tiene que poner una cierta distancia entre la propia lengua y la extraña.

He puesto un ejemplo un poco tonto, pero, por irme al francés, creo que éste es el caso de la traducción de J. Hyppolite de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, que se entiende muy bien si uno va a Hegel a ver qué es lo que quiere decir Hyppolite. Pero no hace falta irse al francés. *Rechts-gemeinschaft* significa en alemán *comunidad jurídica*. El adjetivo *Rechts-gemeinschaft-liches* es, por tanto, lo *referente a la comunidad jurídica*. Estos días he leído un texto en el que el autor alemán habla del *lazo que representa la comunidad jurídica* (ésta, pienso, ha de ser la traducción); pero el traductor español habla de *lazo comunitario-legal*; me pregunto si es posible reconocer tras ello lo que el autor está diciendo en alemán.

2. OTRA IDEA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Aparte de la consideración de Fray Luis de León y de la de Gadamer sobre la traducción, a mí me ha gustado siempre otra idea, esta vez de Heidegger, que dice que traducir consiste en lo siguiente: lo que está en una lengua, traerlo a otra, a la lengua del traductor, pero traerlo para quienes habitan la segunda lengua, no para los que están en la primera. Es decir, el traductor tiene que haberse traído a la lengua propia lo que estaba en la lengua extraña, no tiene que haber dejado la mitad allí, de manera que la inteligibilidad de lo que está diciendo quede en cierta manera atada todavía a la primera lengua, quede atada a entender la primera lengua. No. El traductor tiene que haberse llevado el producto entero. La traducción de Don José Gaos de *Ser y tiempo* de Martin Heidegger es una traducción que, como la de J. Hyppolite de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel al francés, también se entiende muy bien, pero a condición de ir a ver en alemán qué es lo que quiere decir Gaos. Entonces, y no antes, ve uno lo bien dicho que está lo que Heidegger dice. Voy a poner un ejemplo

que pongo siempre porque me hace mucha gracia, pero podría coger muchos otros de la traducción de Gaos.

Si uno está en Alemania, y oye la palabra *Vorruf*, de *rufen* y *vor*, por lo general está entendiendo que llaman, *rufen*, *vor*, hacia delante. *Vorrufen* es un *llamar hacia adelante*. Cuando un alemán oye *Rückrufe*, enseguida entiende que de nuevo se trata de *rufen*, llamar, pero en dirección contraria a *vor*, de modo que, si *vorrufen* era llamar hacia adelante, *rückrufen* tiene que ser llamar hacia atrás o llamar de vuelta, o incluso devolver la llamada. Heidegger, para caracterizar el fenómeno de la conciencia moral, utiliza la expresión *vorrufender Rückruf*, la conciencia es una llamada de nosotros mismos a nosotros mismos a asumir lo que ya siempre somos, la radical posibilidad de también no ser, a asumir nuestra propia finitud. Entonces, dice Heidegger, la conciencia es un *Rückruf*, una llamada de vuelta, una llamada a no huírnos, a no escapar de nosotros mismos. Pero esa llamada de vuelta es un *vorrufen*, es una llamada que nos llama hacia adelante, nos invita a que nos echemos adelante, a que asumamos eso como posibilidad nuestra. La llamada de la conciencia es entonces un *Rückruf*, un llamar de vuelta, que es *vorrufender*, que es un llamar hacia adelante, es un *vorrufender Rückruf*, un llamar de vuelta que es una llamada a echarnos adelante, a asumir la posibilidad más radical de nosotros mismos, un no retroceder ante ella sino asumirla. Es un *llamar hacia adelante que es un llamar de vuelta*, traduciría yo, por tanto, o *un llamar de vuelta que es un llamar a echarse adelante*. Yo traduciría de alguna de estas dos formas. Y entendería que esa traducción, es decir, eso que he dicho traduciendo, pertenece al medio o al contexto de lenguaje, de vocabulario y de ideas en que el lector español me entiende. Y creo que esa traducción en ese contexto de lenguaje, de vocabulario y de ideas es *autosuficiente*; ya no es necesario volver al alemán. Es decir, he traído al español lo que Heidegger ha dicho en alemán, para los habitantes del español. Y el habitante del español no depende ya de la lengua alemana; es decir, lo que dice Heidegger ha sido enteramente traído de allí a otro sitio.

Vorrufender Rückruf es la expresión de Heidegger, y Heidegger quiere que suene *ru-ri-ru*, y a un alemán le hace gracia cuando la oye, le hace gracia la disonancia. Siempre que oye esta expresión, el oyente alemán esboza una sonrisa. Pues bien, creo que quizá es esto último lo que lleva a Gaos a traducir *vorrufender Rückruf* por *provocante retrovocar*, a buscarse una expresión que suene también un poco rara. Esta traducción de Gaos es desde luego una traducción muy ingeniosa. Pero, para entenderla, hay que ir al original alemán a ver qué es lo que Don José Gaos puede querer decir. Resulta entonces que el texto de Heidegger se convierte

para el lector español que sabe alemán en la traducción de *provocante retrovocar*. El lector español que no sabe alemán no entiende ni la una ni la otra; esto pasa casi con toda la traducción de Gaos; uno lee *provocante retrovocar*, no entiende qué significa esto, va al alemán y ve *vorrufender Rückruf* y dice: ¡Ah, ya está claro, un llamar de vuelta que es un llamar hacia adelante! La traducción es entonces ésta, no la de Gaos. Claro, hay que renunciar al *ru-ri-ru*. Pero dejemos esto para después. La traducción de Gaos busca ser un reflejo de la distorsión sistemática a la que Heidegger somete la lengua alemana; ahora bien, el lector alemán tiene en su lenguaje ordinario la llave segura para entrar sistemáticamente en esa distorsión; el lector español, en cambio, se encuentra con que por lo general no tiene llave alguna y mucho menos una llave sistemática.

3. CUESTIONES DE EXTENSIÓN

Pero aparte de la renuncia al *ru-ri-ru*, otro problema de la traducción que he propuesto parece que consiste en que la traducción española tiene muchas palabras donde el texto alemán sólo tiene dos o tres.

Respecto a esto último, que a mí me sucede muchas veces, y que ya me lo han criticado, a mí sólo se me ha ocurrido responder señalando un caso cuya ejemplaridad difícilmente se puede poner en duda. Allá por los años 90 me dio por aprender hebreo en la filial del Instituto Bíblico de Roma que tienen en la Facultad de Teología de Valencia, e incluso tuve por profesor en varias ocasiones al profesor del Instituto Bíblico, Alonso Schöckel.

En el caso de *El Corán*, el creyente entiende que la palabra de Dios es en árabe, y que las traducciones de El Libro son sólo instrumentos para acceder a la palabra de Dios tal como originalmente está dicha. En Alejandría las cosas no podían entenderse así en relación con el hebreo bíblico, pues para un alejandrino, incluso judío, la lengua por antonomasia era el griego y casi todo lo demás era *bar-bar*, balbuceo. De ahí que se inventara aquella leyenda de que la traducción de los Setenta era una traducción hecha por setenta sabios por separado, que coincidieron los setenta en lo mismo; la traducción griega es así "la" traducción, el equivalente en la lengua por excelencia de aquello que está dicho en la lengua bárbara. La milagrosa coincidencia exacta de los setenta traductores significa que la traducción es una traducción inspirada por el Espíritu Santo, es decir, que lo dicho en la lengua bárbara no se puede decir de otra manera en griego, la traducción vale tanto como el texto original.

Por supuesto, esto último no es así, porque, por ejemplo, la traducción de los salmos es muy mala; el traductor griego muchas veces simplemente no entendió el texto. Es incomparablemente superior la española del profesor Alonso Schöckel, y es incomparablemente superior también la nueva traducción latina. Pues bien, yo me dediqué a darle muchas vueltas al *Cantar de los cantares* e incluso hice el trabajo final sobre la traducción alemana de Lutero, viendo cómo éste tenía delante la *Vulgata*, la traducción griega y el original hebreo. Y reparé en una cosa: en que la extensión de la traducción al griego es casi el doble que la del texto hebreo. Donde en hebreo hay un término, por lo general una exclamación, el traductor griego pone una frase, y de este modo los capítulos se hacen mucho más largos; como subrayaba Alonso Schöckel, precisamente en el *Cantar de los cantares* resulta patente la diferencia entre la idea hebrea de *dabar* (palabra) y la idea griega de *logos* como proposición bien construida y articulada; la traducción griega es como si al lado de un paciente que se queja, se hubiera puesto un médico que traduce la queja a pulcro lenguaje médico bien construido. Así que cuando alguien me dice que *vorrufender Rückruf* son sólo dos palabras y que *un llamar de vuelta que consiste en un llamar hacia adelante* tiene una extensión casi cinco veces superior, yo creo que lo único que se puede contestar es que lo mismo le pasó al Espíritu Santo en la versión de los Setenta y que nadie se atrevería a descalificarlo como traductor. Yo no tengo otra respuesta, porque la objeción me parece absurda. Pero después volveré sobre ella, sobre la diferencia entre traducción e interpretación.

4. EXPERIENCIAS LINGÜÍSTICAS ANÁLOGAS

En la traducción que hago de *vorrufender Rückruf*, no cabe duda de que en español se pierde el *ru-ri-ru*, que Heidegger busca. Eso no quiere decir que la de Gaos lo conserve. Pero Gaos sí logra dotar de una cierta extrañeza a lo que dice, que yo le quito también. Pues bien, yo creo que esa extrañeza hay que suplirla de otra manera. Si uno traduce teniendo muy claro que traducir consiste en que aquello que está en una lengua lo traslada el traductor a otra para los que habitan en esta última, entonces uno tiene que hacer que el producto en español suene y tenga el tono que tiene en el original; es decir, que la experiencia lingüística que hace el lector español sea análoga, similar, parecida a la que hace el lector alemán, incluso fonéticamente; pero yo no emplearía aquí la palabra "fonéticamente", sino que diría que la traducción, en conjunto, tiene que *sonar*

igual. Para mi ha sido siempre determinante, en la traducciones de Habermas, el tener como control la pregunta de cómo sonaba esto en un seminario de licenciatura de Habermas, o en una clase de Habermas, o en un seminario de filosofía del derecho de Habermas.

Voy a poner un ejemplo más corriente de qué es lo que quiero decir. Si uno está viviendo en Alemania, en una residencia de estudiantes y profesores, uno puede oír a alguien decir que tiene necesidad de darse una *Grundduche*. Esto en español se dice una *buena ducha*, o quizá *ducharse a fondo*, pero uno no puede caer en la tentación de decir que el compañero ha dicho que necesita darse una *ducha fundamental*, de *Grund*, fundamento, y *duche*, ducha. Las traducciones de filosofía alemana en español están llenas de *duchas fundamentales*. Voy a poner otro ejemplo. En español llamamos al principio enunciado por Leibniz *principio de razón suficiente*. Y decimos en las clases de filosofía *principio de razón suficiente*, y en un seminario *principio de razón suficiente*. En alemán esto es *Satz von Grund*, de modo que cuando en una clase, en un seminario, en un libro, un alemán oye hablar de *Satz von Grund* o lee *Satz von Grund*, ello es enteramente equivalente a la experiencia lingüística que el oyente español hace al oír hablar de *principio de razón suficiente*. Además, Leibniz habla de ese principio en francés, no en alemán, ni en español. Pues bien, la traducción española de un curso de Heidegger sobre el *principio de razón suficiente* de Leibniz no se titula *Principio de razón suficiente*, sino *La proposición (Satz) del fundamento (von Grund)*. Cuando yo leí por primera vez *La proposición del fundamento*, me pregunté: ¿qué querrá decir eso? Cuando vi el original alemán, entendí: eso quiere decir *Principio de razón suficiente*. Yo creo que la traducción es entonces *Principio de razón suficiente*. Pero, como digo, de *duchas fundamentales* y de *proposiciones del fundamento* están llenas las traducciones de filosofía del alemán al español.

5. EQUIVALENCIA DE TONO, Y TRADUCIR MAL PARA TRADUCIR BIEN

Pero no es solamente eso. Cuando uno traduce un libro de filosofía, tiene en cierta manera que hacerse una idea de cómo suena. Tiene que cogerle el “tonillo” al autor. No puede reproducir el *ru-ri-ru*, es decir, la coincidencia de tono no puede ser puntual, pero sí que tiene que ser de conjunto, el libro debe sonar, en lo que se refiere a estilo, como suena en alemán. El conjunto de palabras tienen que producir una similar impresión

también sonora. Es algo así como en los doblajes de las películas de cine; no se trata sólo de que los diálogos estén bien traducidos, sino de que tiene que haber una cierta correspondencia de tono; pero es evidente que esta correspondencia no se consigue imitando el acento o la fonética de la lengua que se dobla, pues esa imitación no contribuiría a esa correspondencia, sino que directamente la impediría. Lo que está pasando con el tono que se emplea en una lengua tiene que ser traído a la otra. Cuando uno está muy enfadado, dice en alemán cosas muy distintas de las que dice en español, e incluso los gestos son bastante distintos. Pero al traducir, uno tiene que hacer que, siendo el tono y los gestos bastante distintos de lo que son en alemán, el enfado en el texto traducido sea equivalente al enfado en el texto original. En todo caso, para mí, lo casi más importante cuando preparo la traducción de un libro, es decidir cómo va a sonar. O más exactamente, cuando lo estoy preparando, lo primero que tengo que ver es qué tono va a tener aquello. Si no, no me sale. Pero si sé cómo tiene que sonar, aquello fluye. Yo creo que ésta es la experiencia del traductor de diálogos de cine.

Y en relación con esto hay algo que es muy importante. La terminología en un enfado español es otra que en los enfados ingleses o en los enfados americanos; eso es claro cuando se ven películas en versión original. Pues bien, hay muchos casos en que el mantener el tono exige ajustes sintácticos y de vocabulario, es decir, excluye una traducción literal, que de ninguna manera sería la equivalente de aquella situación. Cuando un traductor, hijo de emigrantes españoles en Alemania, educado en Alemania, que sólo dispone, por tanto, del español doméstico, traduce del alemán al español, dice las cosas de una manera que no es así como se dicen en español; yo prefiero hacer la traducción de nuevo, antes que ponerme a corregir la traducción de alguien que, aun siendo español o de procedencia española, no domina en español el tema del que se trata, sino que sólo lo domina en alemán. *Honey*, en inglés, no se puede traducir por *miel* en un diálogo entre novios, sino por *cariño*, o por *querida*, o por *amorcito*, o por algo similar. A veces, para traducir bien hay que atreverse a traducir mal. Saber cuándo hay que traducir mal para traducir bien, es muy importante. Por ejemplo, yo no lo supe cuando en el título del capítulo sobre Nietzsche de *El discurso filosófico de la modernidad*, traduje *Drehscheibe* por *plataforma giratoria* con la que en algunos teatros se cambia la escenografía, o con la que en el escaparate de una tienda de relojes se van exhibiendo relojes de distintas marcas, que es lo que el término *Drehscheibe* significa en alemán. Pero en español no solemos decir que tal autor ha sido la *plataforma giratoria* que ha dado lugar a la introducción de sucesivos cambios de escena en una materia; no hablamos de

Nietzsche como *plataforma giratoria*. Por tanto, es casi obligatorio traducir mal, y hablar de Nietzsche simplemente como *cambio de escena*, aunque exactamente Habermas esté diciendo algo más que eso. Para la nueva edición de *El discurso filosófico de la modernidad* en Katz Editores he corregido el título de ese capítulo, me he decidido a traducir mal ese título, haciendo decir a Habermas algo un poco distinto de lo que dice.

6. TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Y hay otro asunto análogo que creo que es especialmente importante. He dicho que el criterio al que me atengo a la hora de traducir es que aquello que está en una lengua se lleva a otra para los que habitan esta otra, sin seguir dependiendo de la primera, sino de forma autosuficiente en la segunda en lo que se refiere a comprensión. Y, al menos en la traducción filosófica, en relación con este punto se plantea una cuestión, que podríamos expresarla como lo hace un personaje de Cervantes. Hay un personaje en una novela de Cervantes que está hablando del *Orlando furioso* y cita unos versos de esa obra de Ariosto. Y otro personaje replica que no es eso lo que Ariosto dice. Y el que ha hecho la cita responde a su vez: si no dice eso, podía haberlo dicho, y en todo caso el texto queda mejorado.

Yo creo que esto es muy importante para un traductor que también por este lado tome muy en serio la idea de que traducir consiste en llevar a una segunda lengua aquello que está en la primera, para quienes habitan en la segunda. Aquí la traducción filosófica plantea un problema fundamental que probablemente no se plantee en la traducción literaria, con la excepción quizá del caso de la poesía. El texto filosófico leído en la lengua original alemana en el caso de Fichte, de Hegel, de Heidegger, incluso de Habermas y de muchos otros, plantea un problema de comprensión, de qué es lo que quiere decir el autor. Yo creo que antes de ponerse a llevar algo de una lengua a otra, el traductor como lector de la lengua original tiene que haber decidido qué es lo que hay en la lengua original y qué es lo que se va a llevar. No tiene que saber todas las implicaciones de lo que se va a llevar; eso ni siquiera el habitante de la primera lengua lo sabe. Heidegger, hablando de los hegelianos de izquierda dice que hay ingenuos que creen que puede saquearse a Hegel sin llevarse entre los despojos el misterio de la Santísima Trinidad, y luego se quejan de reencontrarlo en sus obras supuestamente agnósticas, que naturalmente tienen que ser pidosísimas. Uno no tiene por qué saber las implicaciones de lo

que se lleva, pero sí tiene que saber qué se lleva. Y tiene que correr el riesgo de que, si no es eso lo que el original dice, podía haberlo dicho, y en todo caso ojalá el texto quede mejorado. Cuando eso no es así, lo que en su lugar ocurre es lo que creo que pasa en un caso que, a mi juicio, acabó con la presencia en español de algo que hubiera merecido muy en serio la pena que hubiera estado presente hace ya mucho tiempo en español. Me refiero a la teoría sociológica y filosófica de Niklas Luhmann. Naturalmente, el traductor de un determinado libro importantísimo de Luhmann, del que voy a omitir el título, sabe o sabía alemán, indudablemente sabía alemán, pero sucedía o sucedió que no entendió ni una quinta parte de lo que está dicho en alemán; trae al español, no sólo sin saber qué trae, sino algo peor, no trayendo nada, y entonces en español no hay nada. Sólo lo hay para aquel que sabe alemán, que conoce la teoría sociológica de Luhmann, y, por detrás de la lengua alemana casi reproducida, se huele qué se está diciendo en el original alemán. La supuesta traducción se ha convertido en una especie de rastro que deja el original ausente, que permite a quien sabe alemán y a quien conoce medianamente bien la obra de Luhmann barruntar qué es lo que, más o menos, hay en el original.

En la traducción de textos de filosofía, todos hemos sentido alguna vez la tentación —el traductor de la última traducción de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel muchas veces— de desistir de averiguar de antemano qué es lo que me voy a llevar a mi lengua. Uno no tiene tiempo de averiguar qué diablos es lo que Habermas quiere decir con esto, o Hegel quiere decir con esto, o Fichte quiere decir aquí. Entonces la tentación la constituyen la gramática y el diccionario; no sé qué dice, pero yo me agarro a la gramática y al diccionario, y entonces lo que el texto dice es esto; ¿que Usted, señor lector, no lo entiende? Pues yo, que soy el traductor, tampoco lo entiendo. Si el traductor no entiende qué dice el texto, simplemente no está traduciendo. Por tanto, para traducir, hay que arriesgarse, y hay que saber decirse que, si el autor no dice eso, podía haberlo dicho, y ojalá, como digo, sea eso lo que dice, o incluso que lo que dice quede mejorado.

A mí me parece que vale especialmente para la traducción aquella tesis de Gadamer de que *entender* es ante todo *entenderse en aquello de que se trata*. Yo creo que esto es lo que da la distancia necesaria respecto de la lengua de la que se traduce, de modo que la lengua original, aun imponiendo su peso, no acabe agrediendo a la lengua del traductor y efectivamente la traducción sea un traer a esta segunda lengua. Y esto es también lo que permite aquella equivalencia de tono a la que me he referido. Aquello que el autor dice, recibéndolo de él, inevitablemente

desde la perspectiva de uno, hay que estárselo diciendo uno a sí mismo en su propia lengua, hay que estarse entendiendo con el autor en ello. Y entonces puede repetirlo y traerlo incluso ironizando sobre la forma en que lo dice el autor; pues la distancia permite a veces utilizar la forma misma de traducir para hacer un velado comentario sobre el modo como se está expresando el autor.

7. LO QUE EL OTRO DICE Y DECIRSE LO QUE EL OTRO DICE

Pero aun sin eso, hay algo que a mí me parece importante en relación con los autores a los que me he dedicado a traducir, o por lo menos en relación con casi todos ellos, sobre todo con Fichte, con Hegel y con Heidegger. La traducción tiene que consistir en un leer en español lo que está dicho en alemán. Hay que ponerse a hablar en español, hay que estar hablando en español, y, hablando en español y diciendo en español, hay que estar mirando y utilizando el texto alemán para sacar de él el contenido de lo que en español se está diciendo, hay que estar diciéndoselo en español, de modo que los contenidos de ambos textos sean el mismo contenido, tal como ese contenido tiene que ser visto con el propósito de darlo a conocer en esta lengua ahora; yo, por eso, suelo traducir, no escribiendo sino hablando, ante un magnetófono. La traducción se convierte así en una posibilidad del original, que se cumple en el decirme yo en español ese original que tengo delante, original que tiene también otras posibilidades de ser llevado a la lengua del traductor distintas de la que el traductor realiza, tantas como sean las formas en que uno se lo pueda decir en su lengua.

Hay un punto que puede parecer de arrogancia, pero que es de modestia, pues tiene que ver con la experiencia de finitud que implica el estar peleando con el medio —que por otro lado se diría transparente— del lenguaje. Para traducir, uno tiene que dejarse decir por el autor, tiene que dejarse decir precisamente con el propósito de darlo a conocer en otra lengua. Pero para dejarse decir tiene que tener preparados los medios de la segunda lengua en los que se deja decir lo dicho en la primera, y además tiene que suponer que ha oído bien, que ha entendido lo que le están diciendo, es decir, que lo que está diciendo en la segunda lengua es una genuina posibilidad de lo dicho en la primera, no algo que uno no ha entendido. Casi por cada uno de estos puntos la traducción es un imposible, o es un invento, sobre todo cuando no hay convenciones de traducción muy bien asentadas. Cuando esas convenciones no existen, o cuando el texto

no consiente la pura atencencia a rutinas de traducción, el traductor sabe muy bien que no existe “la” traducción de un texto, sino sólo una traducción de un texto entre otras muchas posibles.

Donald Davidson, en su libro *Verdad e interpretación*, uno de los libros que a mí más me han impresionado en este sentido, decía que entender es saber desarrollar en mi propia lengua una teoría tarskiana de la verdad para lo que el otro dice en otra lengua, en el sentido de “La oración *It rains* es verdadera en inglés si y sólo si llueve”. Davidson incluso cuestiona en parte la idea de una lengua compartida. Una lengua compartida no es algo hecho, sólo es algo que va resultando. Estamos traduciendo siempre, aunque ocurre que por lo general sabemos traducir muy bien lo que dice el otro, y la traducción tiene un mismo contenido que lo traducido y además lo traducido y la traducción son homófonos. Así, yo les estoy entendiendo a Ustedes y, si Ustedes me dicen que llueve, entiendo lo que Ustedes quieren decir y yo me lo digo igual, me digo que llueve. Pero a veces traducimos lenguas sorprendentemente raras con suma facilidad. Yo me di cuenta de que, como extremeño, entiendo muy bien a los cordobeses, cuando, estando en Córdoba con un amigo mexicano, sucedió que un taxista cordobés nos dijo *Noj vamojamohá*, a lo que siguieron otros comentarios del taxista sobre el tiempo en Córdoba, hechos en la misma lengua. Yo sabía muy bien que en la lengua del taxista la oración *Noj vamojamohá*, en el sentido de un pronóstico que puede darse por cumplido, es verdadera si y sólo si nos vamos a mojar, es decir, si va a llover. El mexicano se quedó desarmado, no tenía ni idea de cómo empezar a desarrollar una teoría de la verdad para la conducta lingüística del taxista, y así, me confesó después que de mi conversación con el taxista no había entendido ni una palabra. Davidson cuenta cómo una locutora de radio que a él le gustaba mucho escuchar, decía cosas tales como que tal o cual periodista escribía artículos con un “muy bonito desarreglo de los epitafios”. Davidson sabía traducir bien la lengua de la locutora. En esa lengua la oración “Alguien escribe con un muy bonito desarreglo de los epitafios” era verdadera si y sólo si alguien escribía eligiendo muy bien y disponiendo (*arrangement*, no *derangement*) muy bien los epítetos. Davidson convierte irónicamente la frase en lema y lleva a cabo un bonito desarreglo, o incluso destrucción, del “epitafio” que representa la suposición de una lengua compartida (*A nice derangement of epitaphs*). Lo subyacente en el mutuo hablar, más que una lengua común, es un *entenderse en algo*, que hace posible la mutua interpretación.

8. OTRA VEZ SOBRE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Para subrayar bien esto, voy a recurrir otra vez al ejemplo de más arriba, antes de entrar en otros asuntos. La oración *La conciencia moral es ein vorruffender Rückruf* es verdadera en alemán si y sólo si la conciencia moral es un llamar de vuelta que es a la vez un llamar hacia adelante. Pero si yo digo que la oración *La conciencia moral es ein vorruffender Rückruf* es verdad si y solo si *la conciencia moral es un provocante retrovocar*, me quedo en ayunas acerca de las buscadas condiciones de verdad, es decir, no entiendo, pues eso de *provocante retrovocar* es a su vez una lengua o pertenece a su vez a una lengua que necesita de otra ulterior teoría de la verdad en mi lengua para ser traída a mi lengua. Y, por tanto, creo que no es una traducción sino una mala traducción, pues necesita a su vez traducción. Con esto creo que estoy dando un concepto analíticamente preciso de traducción: *una traducción es una interpretación*, precisamente aquella que contiene *una teoría de la verdad* en una segunda lengua para las emisiones de una primera lengua, *que es autosuficiente*, que ya no necesita de ulterior interpretación, es decir, una teoría de la verdad que lo es efectivamente en mi lengua, y, por tanto, no necesita de ulterior traducción, es decir, *una teoría de la verdad que lo es efectivamente —es decir, que es autosuficiente, que no necesita de ulterior traducción— en la lengua que, aun admitiendo todas las reticencias de Davidson, comparto con aquellos para los que traduzco, pues a lo mejor, si tradujese para otros, mi lengua habría de ser otra. Y esto siempre es fluctuante, e incluso puede consistir en que he de emprender en mi lengua una genuina creación de lenguaje para la que desde luego habré de empezar siempre proporcionando alguna llave segura. Davidson tiene un artículo en el que describe cómo alguien muestra que la manera de hablar en una tribu india es intraducible al inglés. Pero lo está mostrando haciendo ver cómo se dicen las cosas en la lengua de la tribu de modo que, sólo mostrando lo que se dice y cómo se dice, se ve cómo ello es intraducible. Davidson responde: no, eso no es mostrar que lo que se dice es intraducible, sino que eso es hacer la traducción; es mostrar lo que el otro dice en su qué y en su cómo, relativizando a la vez el modo como lo decimos nosotros; no se puede pedir más. Eso es la teoría de la verdad que en mi lengua debo desarrollar para un comportamiento lingüístico que me es totalmente extraño. La primera teoría de la verdad hecha en mi lengua para las emisiones de la lengua extraña, que es razonablemente autosuficiente, eso es la traducción. Y esa autosuficiencia, de ninguna manera significa confirmar las rutinas a las que en mi lengua estoy habituado, puede significar también romperlas.*

9. TRADUCCIÓN Y TRADICIÓN

Y completando algo que ya he apuntado, creo hay que tener también en cuenta que el sentido de un texto no es algo que esté ahí como si fuese una cosa hecha. No, el sentido de un texto escrito forma parte del ser-sido de la existencia humana, de la mía, y no se lo entiende, no existe, sino yéndoselo a recoger para proyectarse en posibilidades de ello. La teoría de la verdad para las emisiones de la otra lengua hay que construirla, hay que hacerla, o dicho de otro modo: la traducción es la realización de una posibilidad del ser-sido que se ha ido a buscar. Y la posibilidad que realizo recogíendome de lo sido, la posibilidad de lo sido que realizo, diciéndomelo yo, puede convertirse en un ser-sido que deje muy por detrás de sí al ser-sido que lo motivó. Y en este aspecto, hay fenómenos que son llamativos. Por ejemplo, la traducción española de Angélica Becker del poeta austríaco Georg Trakl a mí me gusta más que Trakl. O la traducción francesa de *El libro de horas* de Rilke a mí me gusta más que el original de Rilke, al menos en algunos fragmentos. E incluso no sabría con qué quedarme, si con el original de *Dios deseado y deseante* de Juan Ramón Jiménez o con la traducción francesa. Que el original es *Dios deseado y deseante* en español y no la traducción francesa no significa que estemos hablando de la mismidad de algo acabado que está ahí delante, sino de un ir a recoger algo sido que sólo es y que sólo se da siempre de nuevo en el recibirlo, es decir, que no es sin proyectar desde donde se está posibilidades que ello dona y que en ese recibirlo puede hacerse más impresionante de lo que originalmente era; es en ese nuevo recibirlo, es en el llevarlo a otro sitio donde lo sido se muestra quizá con un inesperado brillo y contundencia. Entender es ir a recogerse y a hacerse entrega de sí a sí mismo como otra posibilidad de aquello mismo de lo que uno se hace entrega. Esto es básico. Y, por tanto, entender es entender siempre de otra manera y sólo en ese “de otra manera” se establece la mismidad de los referentes de una tradición y la mismidad de una tradición; es decir, esa posibilidad se establece en forma de posibilidades de esos referentes, posibilidades que se van sirviendo mutuamente de eco, que a veces rompen unas con otras, que se van dando en el propio proceso de tradición que esas posibilidades van determinando, de modo que los referentes sólo se construyen como los mismos desde la diferencia de esa pluralidad de ecos. En cuestiones de sentido, lo mismo no es sino *otra* posibilidad recobrada de lo que sólo así se constituye como lo mismo; al igual que el intérprete, el sentido sólo es el mismo sentido y sólo se constituye como el mismo sentido en el serse siempre otro o por lo menos en el

serse siempre ligeramente distinto, en el ser siempre algo que, siendo lo mismo, ofrece siempre nuevos aspectos que antes no se habían visto.

El lector que a lo largo de su vida relea algunos textos que para él se han convertido en referentes fundamentales, si los tradujese, haría cada vez una traducción muy distinta. Por eso es tan difícil traducir cuando no hay un contexto de tradición en el que se esté en lo entendido, en el que se esté en lo que se está traduciendo. Estos son temas en los que no voy a entrar. Pero en todo caso, en lo que se refiere a obras importantes, es también muy importante que en un medio cultural haya varias traducciones. El que haya varias traducciones es señal de cultura, de distancia, de haber barruntado que no existe “la” traducción, que hay muchos modos de decir lo mismo, de referirse a los mismos textos desde la diversidad interna de la tradición que esos textos generaron y siguen generando, y es señal de que hay mucha gente que está en lo importante que esos textos dicen, de que hay mucha gente que está diciéndose eso importante en su propia lengua. Es admirable que en francés haya cuatro traducciones de la *Fenomenología del espíritu*. En español, en cambio, sólo había una; y cuando sale otra, enseguida aparece alguien, demostrando con un “patinazo” no haber visitado nunca el original de Hegel, para decir que bastaba con la primera.

10. TRADUCCIÓN: UN CONCEPTO SEMÁNTICO

Finalmente, por todo lo que vengo diciendo, pienso que el concepto de traducción no es un concepto que se agote en el de equivalencias léxicas y sintácticas, sino que, como ya he subrayado, es ante todo una modalidad del concepto de interpretación; no es un concepto “sintáctico” en este sentido, sino “semántico”. En casos muy corrientes, en el caso de un lenguaje muy trillado, basta repetir, reconstruir equivalencias sintácticas y léxicas entre dos lenguas para poder traducir automáticamente. Debo decir que el concepto de traducción automática me fascina, precisamente porque la traducción automática tiene que ser por su propia naturaleza un fenómeno predominantemente de equivalencias sintácticas y léxicas. Cuando pienso que la traducción es un concepto predominantemente semántico, quiero decir: hermenéutico, interpretativo, al menos en el caso de la traducción filosófica.

A mí no me ha gustado nunca mucho traducir, pero, a pesar de eso, la traducción ha sido mi condena ya desde hace mucho tiempo. Incluso en el servicio militar tuve que traducir, porque se me ocurrió poner en un

impreso que yo sabía tal y cual idioma, y estaban buscando un traductor precisamente de uno de ellos, y hube de hacer de traductor. Y después de llevar varios meses intentando que me cambiaran a otro sitio, leí una nota de un superior mío informando en contra de mi petición. Es la mejor distinción que he leído acerca de lo que quiero decir, esto es, acerca de la diferencia entre la traducción como concepto “sintáctico” y la traducción como concepto “semántico”. Decía mi superior que, pese a que era evidente que yo estaba haciendo todo lo que podía para que me quitasen de allí, e incluso lo había solicitado, convenía que siguiese en el puesto. Y mi superior lo explicaba así: el anterior traductor, que era una persona seria, trabajadora y formal, “hacía la traducción”, pero sucedía muchas veces que después en la oficina había que “darle el sentido”. Yo, por el contrario, no era un traductor muy aplicado, pero tenía la ventaja de que, a la vez que hacía la traducción, le daba también el sentido. Y mi superior me contó después muchas anécdotas, también de la Guerra Civil, sobre este asunto.

11. TRADUCIR Y “DAR EL SENTIDO”: HABERMAS

Para acabar voy a hablar un poco de cómo en algunos casos he “dado el sentido” a la vez que “hacía la traducción”. Me voy a limitar a dos ejemplos. El primero no constituyó ningún problema importante, pero el segundo fue muy problemático; tanto, que me acordé mucho de aquella distinción que hacía mi superior entre “hacer la traducción” y “darle el sentido”, pensando si quizá “hacer la traducción” y “darle el sentido” no serían dos cosas muy distintas. Yo creo que no. Pero voy a exponer los casos y Ustedes deciden.

Mi dedicación a la obra de Habermas fue tan forzada como mi dedicación a la traducción en la mili. La obra de Habermas interesa hoy en todas partes, porque es el mejor análisis que existe de todos los registros del orden cristiano-demócrata y socialdemócrata europeo de posguerra. Yo había hecho mi tesis doctoral sobre Adorno y Habermas. Habermas vino a España, la traducción de *Conocimiento e interés* estaba empantanaada, yo intervine mucho en el seminario que se organizó, y entonces José Vidal Beneyto me dijo que por qué no corregíamos juntos y sacábamos adelante esa traducción ya hecha, que no lograba salir. Corregimos el libro y me vi convertido, ya en solitario, en el traductor de Habermas, casi sin poder remediarlo.

Habermas escribe bastante mal, de modo que si uno entiende lo que dice y lo trae con fidelidad y con cierta soltura al español, es difícil que el texto español no esté algo mejor que el alemán.

Pero Habermas no sólo escribe mal en alemán, sino que propiamente no escribe en alemán. Me explico. El lenguaje de Habermas es un vocabulario muy peculiar suyo. Respecto del alemán, contiene una inmensa cantidad de barbarismos que tampoco se atienen a lo que suele ser el significado del término en la lengua de la que esos barbarismos proceden. Habermas emplea un vocabulario cuyo diccionario es la obra misma de Habermas. Cuando Habermas dice *konventionell*, eso no se pueda traducir por *convencional*, porque no significa *convencional* en alemán, un alemán lo dice de otra manera. Eso significa en Habermas *convencional en el sentido en que L. Kohlberg habla de nivel convencional de la conciencia moral*, que es un sentido muy específico, que es la conciencia moral regida por un *ethos*, por usos y costumbres. Casi todo en Habermas es más o menos así. Uno tiene que haberse educado en este vocabulario, tiene que haber ido leyendo y traduciendo toda la obra de Habermas, y al mismo tiempo tiene que saber de Kant, de Hegel, de Marx, de Husserl, de Heidegger, pero también de teoría sociológica, de Durkheim, de Weber, de Parsons, etc. Cuando uno se ha convertido en esta pequeña enciclopedia en que lo convierten a uno —por ejemplo, en las oposiciones a una plaza de profesor universitario de Ética y Sociología en España—, uno sabe qué es lo que Habermas dice y entonces uno lo trae al español con los guiños necesarios para que el lector no se equivoque. Uno tiene que tener especial cuidado con el vocabulario latino-inglés, con lo anglosajón de raíz latina que Habermas ha tomado y le ha dado un significado que se desvía mucho del que tiene en inglés y que estaría muy mal traducido por el correspondiente término latino-español. Los fragmentos más difíciles de traducir de Habermas son los de terminología latina, porque entonces uno puede estarle haciendo decir cosas que Habermas no dice.

Una segunda dificultad es el modo como puede a veces expresarse Habermas. Y aquí el traductor ha de plantearse la cuestión de cómo lo trae al español. Voy a poner un ejemplo en el que tuve un choque con el lector de una editorial a propósito de la traducción de una frase de Habermas. Dice Habermas que H. Schnädelbach, en un libro que tiene sobre la filosofía en Alemania desde la muerte de Hegel hasta Hitler, procede *verpackend und doch sensibel*. *Sensibel* no es muy alemán, es típico del mal lenguaje habermasiano; un alemán diría *empfindlich*; Thomas Mann creo que no emplearía *sensibel*. *Pack* es bulto, paquete, *packen* es empaquetar o hacer un paquete, y *verpacken* quiere decir más o menos lo

mismo. Entonces la traducción sería que Schnädelbach procede “empaquetando y, sin embargo, sensiblemente”. Si en una página hay varias cosas de éstas, y además está el problema que he dicho del vocabulario de Habermas en general, la página puede resultar ininteligible. *Verpackend und doch sensibel* (*doch* es una partícula adversativa) yo lo había traducido de la siguiente forma: Schnädelbach *procede acumulando datos y sentencias, pero sin que por ello la exposición pierda sensibilidad*. Y el lector de la editorial me decía que Habermas no dice eso. Mi respuesta fue que, si no lo decía, podía haberlo dicho y que en todo caso el texto quedaba mejorado, pero que, por favor, no me lo sustituyera por *empaquetando, pero sensiblemente*, ni por nada parecido. *Empaquetando, pero sensiblemente* no es ninguna traducción de lo que Habermas está diciendo, porque eso en español suena quizá a hacer bien el paquete, con un lazo o a algo similar. Mi idea era que la traducción que hice es la primera interpretación de lo que Habermas dice, es la primera frase en español correspondiente a esa emisión de Habermas en alemán, que expresa en español las genuinas condiciones de verdad de lo que Habermas dice.

12. TAN SIMPLE COMO IMPOSIBLE: “HACER LA TRADUCCIÓN” Y “DAR EL SENTIDO” EN HEIDEGGER

Mucho más fuerte fue el choque en relación con un problema que planteaba una traducción de Heidegger. Ya lo he contado varias veces, pero quiero insistir en ello, porque me parece que es la razón de que parte de la traducción de *Ser y tiempo* de Gaos sea bastante cuestionable.

Traducir a Heidegger tiene varios problemas. Uno de ellos es que hay que conseguir hablar claro, pero a la vez, lo que se dice, aparte de claro, tiene que ser denso, retorcido, atormentado. Si no, no es Heidegger; y además hay que hablar muy engoladamente, en tono muy profesoral. Pero si uno consiguiera todo eso, de suerte que suene análogamente lo que se trae del español al alemán, hay además un problema de otro tipo.

Hay varios términos en Heidegger —yo me voy a referir a uno en especial— que pertenece a este contexto de tono denso, expresionista alemán, retorcido, atormentado del autor de *Ser y tiempo*; se trata de un término que plantea al traductor la necesidad de tomar una drástica decisión. Se trata del término *Bewandtnis*, que es esencial en la primera parte de *Ser y tiempo*. El ser de lo intramundano como tal es *Bewandtnis*, dice Heidegger; por lo tanto, el término se vuelve clave para entender el concepto de *ser en el mundo* de *Ser y tiempo*, es decir, para entender toda la

primera parte de ese importante libro, y también algunos importantes aspectos del final del libro.

Bewandtnis es un sustantivo que se construye en alemán con la preposición *mit*, pero que no tiene traducción en español, pero no porque signifique algo misterioso, sino porque, en el contexto en que en alemán se usa *Bewandtnis*, nosotros en español no ponemos ningún término, ponemos dos puntos (o ponemos un *es que*). *Damit hat es die folgende Bewandtnis* significa exactamente: *cuius ratio haec est*. *Bewandtnis* es esa *ratio*. Pero nosotros, en español, hemos suprimido esa *ratio* y lo que decimos es que lo que con esto pasa es que..., lo que con esto ocurre es que..., de lo que esto va es de que...; lo que sigue a ese *es que* es su *ratio*, su *Bewandtnis*. El problema es cómo se traduce *Bewandtnis* entonces, si *Bewandtnis* equivale a ese *ratio*, y ese *ratio* en español se suprime. Y hay que traducirlo. Porque Heidegger dice que el ser de lo intramundano es *Bewandtnis*.

Pero la complicación se duplica cuando resulta que Heidegger, retorciendo las cosas, convierte además *Bewandtnis* en sustantivo del verbo *bewenden* construido con la preposición *bei*. Y *bewenden bei* tampoco tiene traducción, pero no porque signifique algo misterioso, sino porque lo que significa lo decimos en español de otra manera. *Dabei muss es sein Bewenden haben*, en eso ha de tener ello su *Bewenden*, significa en alemán: en ello ha de quedar eso, con ello ha de bastar, en ello hay que dejarlo estar ya, ya está bien, no hay que darle más vueltas, es bastante como está, habrá que dejarlo así, o déjalo ya, o dejémoslo ya. Así de sencillo; pero en ninguna de esas frases españolas que son totalmente equivalentes a la alemana, hay término equivalente a *Bewenden*.

Pues bien, Heidegger dice que el ser de lo intramundano es esta *Bewandtnis mit... bei...* Es decir, está articulando los significados de *cuius ratio haec est* y de *basta ya* o *ya es bastante* o *con esto ya está bien*, aprovechando que casualmente *Bewandtnis* y *bewenden* tienen la misma raíz. Es decir, está articulando dos términos, ninguno de los cuales tiene traducción en español. Y, sin embargo, hay que traducir en español tanto ambos términos como su articulación. Y ¿cómo se traducen al español dos términos que no tienen traducción expresando además con precisión la articulación que de ellos hace el autor?

Cómo traducir *Bewandtnis mit... bei...*, es decir, cómo traducir algo tan simple, es, pues, el problema. José Gaos lo traduce por *conformidad*, *conformarse con algo en algo*, que tiene muy poco que ver con lo que dice Heidegger. Pero en todo caso, si tuviera algo que ver —que yo opino que no tiene nada que ver—, tendría algo que ver con la mitad de lo que

dice Heidegger, tendría algo que ver con el *vale ya*, con el *basta ya*, con el *déjalo estar ya*.

Y Jorge E. Rivera lo traduce por *respectividad*, tomándolo de Zubiri. Pero lo que dice Heidegger tampoco tiene que ver del todo con eso, o si tiene que ver, sólo tiene que ver –aproximadamente– con una parte del doble significado, tiene que ver con el significado de *Bewandtnis mit*, de lo que pasa con algo.

A mí me parece que en español hay que decir lo que Heidegger dice en alemán, y lo que dice no es evidentemente ni *conformidad* ni *respectividad*, lo que dice es una articulación de *Bewandtnis mit* y *bewenden bei*; lo que Heidegger dice es precisamente *Bewandtnis mit... bei...* Y yo he dicho que la traducción correcta es aquella que podemos razonablemente entender que es la primera teoría de la verdad para el conjunto de las emisiones hechas por un autor en otra lengua, en el sentido de que el enunciado *it rains* es verdadero en inglés si y sólo si llueve.

Pues bien, la traducción es muy sencilla, *Bewandtnis mit* es *lo que con algo pasa*; basta mirarlo en el diccionario. *Bewenden bei* es *dejarlo estar, dejarlo ser*; basta también con mirarlo en el diccionario. Heidegger articula ambas cosas; por tanto, articulémoslas como las articula Heidegger. El ser del ente intramundano es *Bewandtnis mit... bei...* significa que el ser del ente intramundano es el venir dejado ser desde las circunstancias determinantes –lo que con él pasa– desde las que damos razón de él. “Diluvia; aquí hay una roca saliente y, por tanto, un buen abrigo contra la lluvia”, he ahí el ente intramundano presente, el ente que me es presente en mi mundo: la lluvia que me moja, la roca que me ofrece abrigo contra la lluvia, etc. *Bewandtnis mit bei* se traduce, pues, no por *conformidad*, no por *respectividad*, sino por *venir dejado ser el ente intramundano desde las circunstancias determinantes desde las que damos razón de él*; sólo así me queda abierto el ente en mi mundo y tengo acceso al ente en mi mundo. Y esto, evidentemente, ni tiene propiamente que ver con *respectividad*, ni tiene nada que ver con *conformidad*.

13. UNA VEZ MÁS SOBRE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Y la objeción ha sido y será: mire usted, eso que Usted hace no es una traducción, eso es una interpretación. Usted no traduce, usted interpreta, o usted glosa. Además, *Bewandtnis mit... bei...* son tres términos, lo que Usted dice son catorce o más. O también: eso no es traducir,

pues eso es decir *más* que lo que dice el original; esto último fue lo que me objetó Ramón Rodríguez, profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

Mi respuesta es: ésa es la única traducción correcta, y no es decir *más* que lo que dice el original, sino que es decir precisamente lo que el original dice y nada más. Lo que no es traducción es *respectividad* o *conformidad*, pues esos términos no dicen lo que dice Heidegger; el primero sólo se aproxima, el segundo simplemente malinterpreta. Incluso J. Gaos sabía y J. E. Rivera sabe que no es eso lo que dice Heidegger, sino que lo que Heidegger dice tiene que ver con esa articulación de los dos significados a los que me he referido. ¿Por qué no le hacen decir entonces algo similar a lo que yo le hago decir? Por una razón muy importante: yo creo que han decidido que un término alemán debe ser traducido por un término español, y hay que buscarse el más cercano posible. Y ellos hacen todo lo que en este sentido se puede hacer, dan la traducción más correcta posible; no hay otra posible que puede ser más correcta, si es que hay que traducir un término por un término. (A mí alguien llegó a decirme literalmente: Usted traduzca bien, es decir, un término por un término y, si no se entiende, eso no es problema suyo; lo que Usted no debe hacer es traducir mal, es decir, un término por una frase, o incluso por cuatro líneas, para dar la idea exacta que expresa el autor. E incluso pude oír: Heidegger bien traducido no se entiende; *Introducción a la filosofía* se entiende demasiado bien para ser Heidegger.)

Pero yo entiendo que traducir *Bewandtnis mit... bei...* por *conformidad* o por *respectividad* es traducir mal, pues un lector alemán entiende muy sencillamente lo que dice Heidegger, y la traducción sólo está bien cuando trae al español lo que está dicho en alemán, en el contexto de una experiencia lingüística similar, y ni *conformidad* ni *respectividad* lo traen. La única traducción que podría ser una alternativa a la que yo hago, sería una que pretendiese decir lo que la frase alemana dice, pero ni *respectividad* ni *conformidad* dicen lo que la frase alemana dice. Por lo tanto, no son traducciones correctas.

Hay críticos que me siguen haciendo esta clase de objeciones. Por eso yo les he propuesto el concepto analíticamente estricto de *traducción como primera interpretación autosuficiente* en el sentido de Davidson, pero estos críticos no la aceptan. Dicen que, por ejemplo, las traducciones de Gaos y de Roces no se entienden por lo bien que están; Gaos y Roces hacen todo lo que se puede hacer en orden a traducir bien. Alguien a quien yo había criticado una traducción —sin nombrarlo—, me decía una vez en una airada réplica en la revista *Archipiélago* que su traducción estaba

muy bien porque, salvo algunos traspies que a todos nos sucede dar, él hacía todo lo que se podía hacer con un libro como *Hermenéutica de la facticidad* de Heidegger; pero yo creo haber mostrado a este respecto que se puede hacer incomparablemente más que convertir un libro de Heidegger en un texto ininteligible en español; se puede decir en español lo que dice Heidegger, en el contexto de una experiencia lingüística equivalente a la del lector alemán. No veo que, porque Heidegger utilice en alemán un lenguaje expresionista, que en alemán se sigue especialmente bien por lo expresivo que resulta, esto en español haya de tener por resultado traducciones ininteligibles, completamente ajenas o muy ajenas a la experiencia lingüística que hace un lector alemán leyendo a Heidegger. Esos críticos admiten que, si, por ejemplo, las traducciones de Gaos y de Roces estuvieran un poquito peor, se entenderían desde luego mucho más, y hasta es posible que, si estuvieran aún peor, se entendieran totalmente. Pues insisten en que las más se entienden por lo mal que están. Si estuvieran mejor, dicen, tampoco se entenderían, les pasaría como a las de Roces y a las de Gaos; "Así, cualquiera", vienen a decir. Las de ellos no se entienden, porque ellos *traducen*. Las más se entienden, porque no traduzco, sino que *interpreto*. Según esto, hay cosas que, aunque sean muy fáciles de entender en el original, tienen que resultar casi ininteligibles en una *buena* traducción, e incluso habrá muchos casos en los que no puede haber equivalencia alguna entre la experiencia lingüística del lector alemán y la del lector de la traducción. Pues una cosa es *traducir* y otra muy distinta *interpretar*. Yo considero absurda esta manera de ver las cosas.

Como ven Ustedes, no he podido decir casi nada *sistemático* sobre mi experiencia como traductor. Pero me daría por contento si he logrado transmitirles una cierta idea de esta experiencia.